

CAPITULO XXVII.

PORVENIR DEL SÁCRDOTE CATÓLICO.

Gérmen de todo progreso, de toda civilización de toda libertad, el cristianismo confiere al Sacerdote católico una misión de luz, de civilización, y de libertad progresiva. Ved por qué el divino Maestro dijo à sus discípulos: *Sois la luz del mundo*. En la esencia del cristianismo, la idea del progreso se extiende à todo lo que es humano. Que se nos muestre un beneficio que no descuelle del Evangelio, que se nos cite una mejora que de él no venga. Y con razón, porque toda claridad solo viene de la fé católica.

Enviado para difundir la luz por todas partes, el Sacerdote católico dará à su enseñanza formas progresivas; y mientras que una sublime y misteriosa inmutabilidad marque para siempre el centro del dogma, los métodos de exposición seguirán el desarrollo del espíritu humano y la marcha del tiempo. Una inmensa empresa se ha confiado pues al Sacerdote católico: la regeneración del mundo, y de la Francia en particular.

En presencia de este abismo de corrupción, al frente de esta ausencia de fé que caracteriza à la sociedad actual, el Sacerdote católico se armará de valor y de celo, pero de aquel celo prudente, de aquel celo esclarecido, de aquella tolerancia cristiana, que reprende sin actitud, que corrige sin amargura. Combatirá, resistirá las pasiones, pero compadeciéndose de los hombres; orará en lugar de maldecir, porque el mundo tiene más necesidad de indulgencia que de anatemas; descenderá hasta las últimas clases de la sociedad para hacerlas revivir, para regenerarlas. Con la antorcha de la fé en una mano, con la otra les mostrará à todos y à cada uno sus deberes y el lugar que han de ocupar. La ignorancia tiende à centralizar las poblaciones; por esto el Sacerdote se esforzará en reprimir tan funesta tendencia; hará que cada uno se fije, se

limite á su profesion por amor del bienestar individual primeramente, y despues por el social. Apóstol de la libertad evangélica, será el amigo constante del orden establecido y del poder que la garantiza. En fin, será todo para todos, recordándoles á todos, y á sí mismo, como lo hacia el Salvador: *Venid á mí todos los que sufrís, pues yo os consolaré.*

Sepa, pues, y compréndalo muy bien el Sacerdote católico, que los destinos del porvenir están en sus manos, que solo á él está reservada la regeneracion moral y física de la sociedad y que para que el siglo sea ilustrado, primero debe estarlo él. Nunca su porvenir podrá ser más grande, jamás su actualidad se sintió más vivamente en las altas regiones de la ciencia y de la política, como ahora. Por cierto que no serán los libros y los periódicos, que ni se leen por todos, y que como están escritos, no harian más que extraviar, los que conduzcan al pueblo á la religion, á la sumision de los poderes establecidos; no la harán las leyes que él menosprecia, y cuyo yugo sacude cuantas veces lo puede hacer impunemente; no serán los magistrados á quienes no respeta, ni obedece sino obligado, no será la fuerza material de que dispone el poder, porque, ¿qué es ella respecto de la que dis-

pone el pueblo y que tantas veces le ha servido para arrollar todos los obstáculos que se han opuesto á sus pasiones? Tampoco lo será la fuerza moral, porque ¿dónde encontrarla hoy en ese esceptismo que generalmente reina en el mundo, en esa profunda indiferencia donde todo va á precipitarse, donde todos los principios y las virtudes desaparecen? ¿Quién pues sostendrá la sociedad, cuando está bamboleando desde sus mismos cimientos?—El Sacerdote católico —y solo él—puede obrar este cambio. Esta es una verdad, fruto de la experiencia y de la reflexion. El pueblo no puede ser esclarecido más que por la autoridad religiosa, y solo el Sacerdote católico es capaz de arrancarlo de las ilusiones, de la impiedad, del espíritu de anarquía en que está imbuido; solo él es capaz de inspirarle el amor al orden y el respecto á las leyes, colocándolo en los brazos de la religion.

Dios quiera que esta fé que se abriga en el seno del genio sacerdotal, y cuyos destellos comienzan ya á relucir, sean esclarecidos por una nueva aurora. Dios quiera que ese resplandor brille sobre el mundo, sobre la Francia principalmente, cuyos reyes fueron llamados por los Pontífices romanos los primogénitos de la Iglesia, y que á su turno supieron muy bien mere-

cerlos con sus esfuerzos gloriosos. Dios quiera que la humanidad se revivifique al calor de este astro benéfico y marche con todo su esplendor en la vía del progreso incesante que desde su nacimiento habia seguido constantemente. El dogma de la perfectibilidad indefinida no se encuentra más que en estas palabras del primer Sacerdote católico, Nuestro Señor Jesucristo: *Sed perfectos como vuestro Padre que está en los cielos.* Es decir, aproximaos cuanto os lo permita la inteligencia limitada á la inteligencia infinita, á la justicia infinita de Aquel que es el Ser por excelencia; verdad es que tal objeto no lo podreis alcanzar en toda su inmensidad, pero sí podreis siempre aproximaros á él. Marchad pues adelante, y marchad siempre. Tal orden del Maestro ha sido repetida en todo tiempo por el Sacerdote católico, no solamente al individuo, sino á la sociedad, y siempre la estará repitiendo. Sí; hoy como en el pasado, su poderosa voz retumbará en toda la humanidad; es aquel grito francés que Chateaubriand oyó resonar atravesando los desiertos que gemian al derredor de Jerusalem, en los juegos donde retozaban los jóvenes del desierto, aquel grito que les habian enseñado los guerreros de Godefroi, de San Luis, de Napoleon, aquel grito, palabra

de orden al género humano, pero de la Francia principalmente, porque ella lo obedece con la más ciega sumision en los peligros como en la gloria; aquel grito, en fin, que solo nuestra lengua expresa con toda su energía porque está en el génio nacional, *Adelante*, es el que repetirá siempre el sacerdote católico á la humanidad.

nos, la ha engañado indignamente. Luz incierta, antorcha engañosa, la razón también la ha precipitado en extravíos hasta entonces desconocidos. Las pasiones y la envidia se disputan su cadáver; el egoísmo brutal, la sensualidad salvaje, el deleite insaciable, la ambición infatigable, la inquieta avaricia, conmueven, atormentan y desgarran el último giron de vida que todavía le queda. Idolatría de nuevo género; pero no ménos grosera, y no ménos difícil de dominar y aplastar. Añadid á tantos vicios los refinamientos del deleite y el abuso de una divina religión. Cuando el primero de los Sacerdotes católicos descendió de los cielos y apareció en el mundo para salvarla, el mundo se dió prisa á romper los lazos que lo tenían cautivo. Hoy, por el contrario, multiplica sus cadenas; el lodo de sus pasiones forma sus encantos, y encuentra su satisfacción en la oscuridad de la nada; cuando ciertas almas de distinción contemplan otros objetos y abren los ojos á la verdadera luz, la multitud trata de quiméricas sus especulaciones, porque su pensamiento no las puede comprender, y las deja que se embriaguen de una felicidad que cree imaginaria. Ellas se asemejan, dice Platon, á ciertos hombres encadenados en el fondo de una caver-

CAPITULO XXVIII.

NUEVO MUNDO POR CONQUISTAR.

Un nuevo mundo le queda todavía al Sacerdote católico por conquistar; como en otro tiempo al descender del Calvario, la humanidad yace bajo los restos de su grandeza y de su gloria, hoy como entonces, busca un guía, un protector, un apoyo: fatigada de su aislamiento, horrorizada del abismo que siempre va extendiéndose ante ella, pide á grandes gritos un remedio para sus infortunios; entonces descubre que la filosofía, á quien poco antes habia confiado sus desti-

na desde que nacieron, donde atados á sus hierros é inmóviles, no saben de dónde viene el ligero destello que los alumbrá; y cuando con sus ojos fijos sobre el fondo de su caverna ven indistintamente proyectarse las sombras de los objetos que pasan sobre sus cabezas, llaman á este crepúsculo el día, y á aquellas vanas sombras realidades. Y si alguno entonces logra dejar su cadenas y se lanza hasta la salida de la caverna y descubre por fin la verdadera luz del cielo, y al mundo, y á la naturaleza, y á la vida, y así lo refiere á los que tranquilamente reposan todavía atados con sus hierros en la oscuridad, estos ciegos tratan aquellas relaciones de paradojas, de mentiras, y califican su sabiduría de locura.

Ved al mundo, vedle tal como es. Que no se me acuse de exageracion; lo he pintado sin rencor y sin aborrecimiento; encorvado como todos los hombres mis hermanos bajo el yugo de las miserias humanas, ¿renegaré de mi origen? Soy hombre, y nada de lo que pertenece á la humanidad, me es extraño. No quiero para mí más de lo que lo soy y si tuviera la pretension de creermé más que el último de los hombres, mis propias miserias, esas miserias, triste é inevitable herencia de un nacimiento viciado, me conduci-

rian desde luego á ideas más sanas, y me gritarian: hombre, acuérdate quien eres?

¿Es decir con esto que yo deba cerrar los ojos como escritor lisonjero ó como filósofo complaciente para no indicar el mal que corroe á la humanidad? Centinela impotente quizá, pero siempre fiel, señalaré, aun con peligro de mi vida, al enemigo que trata de sorprendernos. Que otros con sus discursos encantadores adormezcan como profetas sin mision á la humanidad sobre sus vicios y extravagancias; lo que soy yo, amando á mis hermanos hasta la muerte, no les ocultaré ninguno de sus defectos; y si no lo puedo conseguir, habré tenido al ménos el dulce consuelo de haberlo advertido, comprendiéndome quizá el porvenir, lo que me bastará por recompensa.

Sacerdote del Dios vivo, nada temas; tú lo puedes todo, porque todo lo puede el que te ha enviado: tu mision es difícil, es cierto, y ahora más que nunca lo será; pero si la cumples, tu gloria será más grande: adelante, pues, porque la fé te promete la victoria y la fé es la espada que ha vencido al mundo.